

Una vez te hablé, Jeffers, de cuando me encontré con el diablo en un tren, saliendo de París, y de cómo desde entonces el mal que normalmente acecha bajo la superficie de las cosas sin que nadie lo moleste se sublevó y arremetió contra todas las partes de la vida. Fue como una infección, Jeffers: se apoderó de todo y lo pudrió. Creo que no me había dado cuenta de cuántas partes tenía la vida hasta que cada una empezó a liberar su capacidad para el mal. Sé que tú siempre has sabido estas cosas, que has escrito sobre ellas a pesar de que otros no quisieran oír las y encontrarán tedioso ese interés por la maldad y el error. Pero tú seguiste igualmente, construyendo un refugio en el que la gente pudiera cobijarse cuando las cosas se torcieran también para ellos. ¡Y siempre se tuercen!

El miedo es un hábito como otro cualquiera, y los hábitos matan lo que hay de esencial en nosotros. Esos años de pasar miedo me han dejado una especie de vacío, Jeffers. Sigo temiendo que las cosas me ataquen por sorpresa: sigo esperando oír la misma risa de aquel diablo, la que oí el día en que me persiguió de punta a punta del

tren. Era por la tarde, hacía mucho calor y, como los vagones iban bastantes llenos, pensé que podría librarme de él simplemente sentándome en otra parte. Pero cambié varias veces de asiento y al rato lo tenía otra vez delante, despatarrado y riéndose. ¿Qué quería de mí, Jeffers?

Tenía una pinta horrible: amarillo, hinchado y con los ojos del color de la bilis inyectados en sangre, y cuando se reía enseñaba unos dientes sucios, uno de ellos completamente negro justo en el centro. Llevaba pendientes y ropa elegante manchada del sudor que le caía a chorros. ¡Cuanto más sudaba más se reía! Y hablaba sin parar en un idioma que no reconocí pero que era estridente y estaba lleno de sonidos parecidos a palabrotas. No era fácil ignorarlo, y sin embargo eso era precisamente lo que hacían todos los pasajeros. Iba con una chica, Jeffers, una chica sobrecogedora, poco más que una niña pintarrajeada y medio desnuda, con los labios entreabiertos y la mirada dócil de un animal idiota. Se había sentado en sus rodillas y él la toqueteaba y nadie decía ni hacía nada para impedirselo. De todos los que íbamos en ese tren, ¿es posible que fuera yo la más dispuesta a intentarlo? A lo mejor me siguió por los vagones para tentarme. Pero yo no estaba en mi país: estaba solo de paso, iba de vuelta a casa, a una casa en la que pensaba con un temor secreto, y no me pareció asunto mío detenerlo. Es muy fácil pensar que algo no te molesta demasiado justo cuando tu deber moral como individuo se ve más expuesto. Si me hubiera enfrentado a él es posible que todas las cosas que ocurrieron después no hubieran ocurrido. El caso es que por una vez pensé: ¡que se haga cargo otro! Y así es como perdemos el control de nuestro destino.

Mi marido, Tony, a veces me dice que subestimo mi fuerza, y no sé si eso hace que la vida sea más arriesgada para mí que para otras personas, igual que es peligrosa para quienes no tienen la capacidad de sentir dolor. Siempre he pensado que hay determinado tipo de personas que no pueden o no quieren aprender la lección de la vida, y viven entre nosotros como un incordio o un regalo. Lo que causan puede llamarse problema o puede llamarse cambio: pero la clave está en que hacen que pase algo, aunque no lo pretendan ni lo quieran. Siempre están alterando las cosas, cuestionando y desestabilizando el *statu quo*; no dejan nada tal como está. No son malas ni buenas en sí mismas —eso es lo importante de este tipo de personas—, pero saben distinguir el bien del mal cuando lo tienen delante. ¿Es así como el mal y el bien siguen brotando el uno al lado del otro en nuestro mundo, Jeffers, porque algunas personas no permiten que ninguno de los dos se salga con la suya? Aquel día, en el tren, decidí fingir que yo no era así. ¡La vida de repente parecía mucho más sencilla detrás de los libros y los periódicos con que la gente escondía la cara para no ver al diablo!

Lo cierto es que después pasaron muchas cosas y tuve que emplear todas mis fuerzas y toda mi fe en el bien y toda mi capacidad de resistir el dolor para seguir viviendo, hasta el punto de que estuve a punto de morir por eso, y luego dejé de ser un incordio para todo el mundo. Hasta mi madre decidió que yo le caía bien durante un tiempo. Al final conocí a Tony y él me ayudó a recuperarme, y cuando me ofreció esta vida dulce y apacible que llevamos aquí, en la marisma, ¿qué hice yo sino sacarle defectos a la tranquilidad y la belleza e intentar

alterarlo todo? Esa historia ya la conoces, Jeffers, porque la escribí en otra parte: la menciono únicamente para que veas cómo se relaciona con lo que quiero contarte ahora. Pensé que toda esta belleza no servía de nada si no tenía inmunidad: que si yo podía hacerle daño, cualquiera podría. La fuerza que tengo, si es que tengo alguna, no es nada en comparación con la fuerza de la estupidez. Ese fue y sigue siendo mi razonamiento, aunque podría haber aprovechado la oportunidad de vivir aquí un idilio de plácida impotencia. Homero lo dice en la *Ilíada* cuando habla de la vida agradable y las ocupaciones de los hombres caídos en combate, sin olvidarse de sus elegantes trajes de batalla, sus carros y armaduras hechos a mano. Todo lo que se ha cultivado y construido con cariño, todas esas propiedades, se destruyen con un golpe de espada, se aniquilan en los segundos que se tarda en pisotear una hormiga.

Me gustaría volver contigo, Jeffers, a esa mañana en París, antes de subir al tren en el que iba el diablo hinchado y de ojos amarillos: me gustaría que lo vieras. Tú eres un moralista, y hace falta un moralista para entender cómo pudo ser que los rescoldos de uno de los incendios desatados aquel día siguieran vivos años y años, que su núcleo continuara activo, alimentándose furtivamente, en secreto, hasta el momento en que mis circunstancias lo reavivaron y las brasas prendieron entonces con las cosas nuevas e inflamaron de nuevo las llamas. Ese incendio se desató en París a primera hora de la mañana, cuando un seductor amanecer se extendía sobre las formas pálidas de la Île de la Cité y el aire estaba envuelto en esa quietud absoluta que presagia un día hermoso y claro. El cielo se volvía cada vez más azul, el follaje

verde y fresco de la orilla estaba paralizado por el calor y los bloques de luz y sombra que cortaban en dos las calles eran como las eternas formas primordiales que habitan en la cara visible de las cordilleras y parecen surgir de su interior. Me había pasado la breve y sofocante noche de verano despierta en la cama del hotel, y en cuanto vi el amanecer entre las cortinas me levanté y salí a pasear por la orilla del río. Parece presuntuoso, Jeffers, por no decir absurdo, describir mi experiencia así, como si tuviera la más mínima importancia. Seguro que en este preciso instante hay una persona paseando por el mismo tramo del río, cometiendo igualmente el pecado de creer que las cosas ocurren por un motivo y que ese motivo es ¡ella! Pero necesito explicarte cuál era mi estado de ánimo esa mañana, la eufórica sensación de posibilidad que me embargaba, para que puedas entender lo que surgió de ahí.

La noche anterior había estado con un escritor famoso que en realidad no era más que un hombre con mucha suerte. Lo conocí en la inauguración de una galería de arte, y se esforzó tanto por sacarme de allí que halagó mi vanidad. En esos años yo no recibía mucha atención sexual, a pesar de que era joven y creo que bastante atractiva. Mi problema era que tenía la lealtad de un perro idiota. Este escritor era, naturalmente, un ególatra insufrible, además de un mentiroso, y ni siquiera demasiado convincente; y yo, que iba a pasar la noche sola en París sabiendo que en casa me esperaban un marido descontento y una hija, tenía tanta sed de amor que, por lo visto, estaba dispuesta a beber en cualquier fuente. La verdad, Jeffers, es que yo era un perro: llevaba dentro de mí un peso tan descomunal que lo único que podía

hacer era retorcerme inútilmente como un animal herido. Ese peso me anclaba a las profundidades, y allí me revolvía y forcejeaba para soltarme y nadar hasta la refulgente superficie de la vida: al menos así era como se veía desde abajo. Esa noche en París, yendo de bar en bar en compañía del ególatra, intuí por primera vez la posibilidad de la destrucción, la destrucción de lo que yo misma había construido; te aseguro que no fue por él, sino por la posibilidad de cambio violento que encarnaba y que nunca se me había presentado hasta esa noche. El ególatra, siempre ebrio de sí mismo, se metía pastillas de menta entre los labios secos cuando creía que no me daba cuenta y hablaba de sí mismo sin parar: en realidad no me engañó, aunque reconozco que eso era lo que yo quería. Me dio metros de soga con la que ahorcarlo, pero naturalmente no lo ahorqué: le seguí el juego y en parte me lo creí, otra prueba más de la suerte que, saltaba a la vista, había tenido a lo largo de su vida. Nos despedimos a las dos de la madrugada en la puerta del hotel, donde sin disimular —casi rozando la descortesía— decidió que yo no merecía tanto la pena como para correr el riesgo de ver amenazada su posición si pasábamos la noche juntos. Y me fui a la cama atesorando el recuerdo de su atención hasta que me pareció que el techo del hotel se levantaba y las paredes se caían y la inmensa oscuridad estrellada me abrazaba con las implicaciones de lo que estaba sintiendo.

¿Por qué vivimos tan dolorosamente en nuestras ficciones? ¿Por qué sufrimos tanto por cosas que nosotros mismos nos hemos inventado? ¿Tú lo entiendes, Jeffers? He querido ser libre toda mi vida y no he sido capaz de liberar ni el dedo meñique del pie. Creo que Tony es

libre, y su libertad no parece gran cosa. Se sube al tractor azul para segar la hierba alta que hay que cortar en primavera, y lo veo ir y venir tranquilamente a cielo abierto, con su sombrero flexible, envuelto en el ruido del motor. Alrededor están brotando los cerezos: las yemas de las ramas luchan por estallar y cubrirse de flores para Tony, y cuando él pasa, la alondra sale disparada y se queda suspendida en el cielo, cantando y haciendo piruetas como una acróbata. Yo, mientras, sigo sentada, mirando al frente, sin nada que hacer. Es lo único que he conseguido en cuestión de libertad: librarme de la gente y de las cosas que no me gustan. ¡Después de eso no queda mucho por hacer! Cuando Tony vuelve de trabajar la tierra, me desperezo y cocino para él; voy al huerto a coger hierbas y al cobertizo a por patatas. En esa época del año —primavera— las patatas que guardamos en el cobertizo empiezan a echar brotes, aunque las conservemos completamente a oscuras. Les salen esos brazos blancos y carnosos porque saben que es primavera, y a veces me quedo mirando una patata y pienso que sabe más que la mayoría de la gente.

La mañana siguiente a esa noche en París, cuando me levanté y salí a pasear por la orilla del río, mi cuerpo apenas notaba el suelo: el agua verde y centelleante, la piedra beige muy clara de los muros erosionados y en pendiente, y los primeros rayos del sol dando en ella y en mí al pasar a su lado creaban un elemento tan ligero que me volví ingrávida. No sé si eso es lo que se siente al ser amada, y con esto me refiero al amor importante, al que se recibe antes de que una, estrictamente hablando, sea consciente de su propia existencia. En ese momento sentí una seguridad sin límites. ¿Qué fue lo

que vi para sentirme así, cuando en realidad mi situación era cualquier cosa menos segura; cuando de hecho había vislumbrado la semilla de una posibilidad que pronto empezaría a crecer y a propagarse como un cáncer en mi vida, consumiendo años y consumiendo sustancia; cuando unas horas después me vería sentada cara a cara con el mismísimo diablo?

Debí de estar un buen rato deambulando, porque cuando subí de la orilla a la calle las tiendas estaban abiertas y había coches y gente que iba y venía al sol. Tenía hambre, y empecé a fijarme en los escaparates, buscando un sitio en el que comprar algo de comer. No se me dan bien esas situaciones, Jeffers: me resulta difícil satisfacer mis necesidades. Cuando veo a otra gente consiguiendo lo que quiere, a codazos, exigiendo las cosas, decido que prefiero pasarme sin ellas. Me alejo, avergonzada de la necesidad, de la mía y la de los demás. Esto parece una cualidad absurda y siempre he sabido que yo sería la primera en morir pisoteada en una emergencia, aunque me he fijado en que los niños también son así, que les avergüenzan sus necesidades corporales. Cuando le digo esto a Tony, que sería la primera en caer, porque no lucharía para conseguir mi parte, se ríe y dice que no se lo cree. ¡Ya está bien de analizarse a uno mismo, Jeffers!

El caso es que no había mucha gente en París esa mañana, y en las calles por las que paseaba, más o menos cerca de la rue du Bac, no había ningún sitio donde comprar algo de comer. Las tiendas estaban llenas de telas, antigüedades y curiosidades de la época colonial que costaban el sueldo de varias semanas de una persona corriente, y llenas también de una fragancia particu-

lar que era, supongo, la fragancia del dinero; al pasar yo miraba los escaparates como si a esas horas de la mañana tuviera intención de comprar una enorme cabeza africana tallada en madera. Las calles eran un desfile perfecto de luz y de sombra, y yo me empeñaba en ir por el sol, sin rumbo ni finalidad. De repente, a lo lejos, vi un cartel colocado en la acera, y en el cartel, una imagen. La imagen, Jeffers, era de un cuadro de L, elegido para anunciar una exposición de su obra en una galería cercana. Incluso a distancia reconocí algo en esa imagen, aunque sigo sin saber decir qué era, porque a pesar de que había oído hablar vagamente de L —no sé cuándo ni cómo— no tenía una idea clara de quién era o qué cosas pintaba. El caso es que me llamó: me abordó en esa calle de París y seguí los sucesivos carteles hasta que llegué a la galería y entré directa por la puerta abierta.

Querrás saber, Jeffers, cuál era la obra seleccionada para el cartel y por qué me afectó tanto. Aparentemente no hay un motivo en particular por el que la obra de L pudiera atraer a una mujer como yo, incluso puede que a ninguna mujer, y desde luego no a una madre joven y al borde de la rebelión, con unos anhelos imposibles que, además, están cristalizados en sentido inverso por el aura de libertad absoluta que irradia su pintura. Una libertad elemental e impenitente, masculina hasta en su última pincelada. Es una pregunta que pide una respuesta, y sin embargo no hay una respuesta clara y convincente, más allá de decir que esa aura de libertad masculina está presente en la mayoría de las representaciones del mundo y de nuestra experiencia humana en él, y que como mujeres nos hemos acostumbrado a traducirla a

un idioma que podamos reconocer. Recurrimos a nuestros diccionarios y desciframos el enigma, evitando algunas de las partes a las que no encontramos sentido o no entendemos, y otras a las que sabemos que no tenemos derecho, y *voilà!*: participamos. Es como llevar un traje elegante que nos han prestado, o a veces directamente una suplantación; y al no haber sentido nunca nada de esto como mujer, creo que en mí el hábito de la suplantación ha llegado a ser más profundo que en la mayoría, hasta el punto de que algunos aspectos de mi personalidad parecen de hecho masculinos. Lo cierto es que desde el principio recibí claramente el mensaje de que todo habría sido mejor —habría estado bien, habría sido como tenía que ser— si yo hubiera sido un chico. Al mismo tiempo, nunca le vi ninguna utilidad a esa parte masculina, tal como L me demostraría más tarde, en la época de la que quiero hablarte.

La imagen del cartel, por cierto, era un autorretrato, uno de esos impresionantes retratos de L en los que se sitúa más o menos a la distancia que guardamos con un desconocido. Parece casi sorprendido de verse: mira a ese desconocido con objetividad y sin compasión, como se mira a cualquier persona en la calle. Lleva una camisa de cuadros normal y corriente y el pelo peinado con raya y hacia atrás, y a pesar de la frialdad de la percepción —que es una frialdad y una soledad cósmica, Jeffers—, la representación de estos detalles, de la camisa abrochada y el pelo peinado y los rasgos puros, no animados por el reconocimiento, es la cosa más humana y amorosa del mundo. La emoción que sentí mientras lo miraba fue lástima, lástima de mí misma y de todos nosotros: la lástima muda que sentiría una madre por

su hijo mortal, al que a pesar de todo peina y viste con tanta ternura. Podríamos decir que esto vino a dar el toque final a mi extraño estado de exaltación: sentí que salía del esquema en el que llevaba viviendo muchos años, el esquema de la participación humana en un determinado conjunto de circunstancias. A partir de ese momento dejé de estar inmersa en la historia de mi vida y empecé a diferenciarme de ella. Había leído bastante a Freud y podría haber aprendido de él lo absurdo que era todo, pero me hizo falta el cuadro de L para *verlo* de verdad. Lo que vi, dicho con otras palabras, fue que estaba sola, y vi que ese estado era un regalo y una carga, algo que hasta entonces nunca se me había revelado verdaderamente.

Ya sabes, Jeffers, que me interesa la existencia de las cosas antes de que tengamos conocimiento de ellas, ¡en parte porque me cuesta creer que de verdad existan! Cuando te han criticado siempre, desde antes de lo que alcanzas a recordar, es casi imposible situarse en el tiempo o el espacio anterior a la crítica: es decir, creer en tu propia existencia. La crítica es más real que tú misma: de hecho parece que es lo que te ha creado. Tengo la impresión de que mucha gente va por ahí con este problema en la cabeza y eso causa todo tipo de complicaciones: en mi caso hizo que mi cuerpo y mi mente se divorcieran desde el principio, cuando tenía muy pocos años. Pero lo que quiero decir es que en los cuadros y en otros objetos creados hay algo que puede proporcionarnos cierto alivio y desahogo. Nos sitúan, nos ofrecen un lugar en el que estar, mientras que antes el espacio siempre estaba ocupado, porque la crítica se instaló allí primero. No incluyo las cosas creadas a partir de las pala-

bras: al menos para mí no tienen el mismo efecto, porque para llegar me tienen que pasar primero por mi entendimiento. Mi apreciación de las palabras tiene que ser mental. ¿Me perdonas por eso, Jeffers?

No había nadie más en la galería esa mañana, tan temprano: en mitad del silencio, el sol entraba por los ventanales y formaba charcos de luz brillantes en el suelo, y yo los rodeaba con la alegría de un fauno en el bosque el primer día de la creación. La exposición era eso que llaman una «amplia retrospectiva», y por lo visto eso significa que por fin eres lo suficientemente importante para estar muerto, a pesar de que L apenas tenía cuarenta y cinco años por aquel entonces. Había como mínimo cuatro salas grandes, y las devoré todas, una detrás de otra. Cada vez que me acercaba a un cuadro —del boceto más pequeño a las obras paisajísticas más grandes— tenía la misma sensación, hasta un punto en que me parecía imposible volver a experimentarla. Pero no: la sensación se repetía cada vez que me enfrentaba a la imagen. ¿Qué era? Era una sensación, Jeffers, pero era también una frase. Puede sonar contradictorio, después de lo que acabo de decir de las palabras, que las palabras acompañaran a la sensación de una manera tan definitiva. Pero no era yo quien las encontraba. Eran los cuadros quienes encontraban las palabras en algún rincón, dentro de mí. No sé de quién eran ni quién las decía: solo que eran dichas.

Muchos cuadros eran de mujeres, y en su mayoría de una mujer en particular, y en este caso mis emociones eran más reconocibles, aunque todavía indoloras y separadas del cuerpo. Había un dibujo pequeño, al carboncillo, de una mujer dormida en una cama, con la cabeza

oscura como una simple mancha de abandono entre las sábanas revueltas. Reconozco que una especie de llanto amargo y silencioso salió de mi alma ante la crónica de una pasión que parecía definir todo lo que yo jamás había conocido e ignoraba si llegaría a conocer. En muchos de los retratos grandes L pinta a una mujer de pelo moreno y bastante carnosa — con frecuencia él aparece en el cuadro con ella —, y me pregunté si aquella mancha en la cama casi borrada por el deseo sería la misma persona. En los retratos, la mujer normalmente lleva una especie de máscara o disfraz; unas veces parece que ama a L y otras veces simplemente parece tolerarlo. Pero el deseo de él, cuando estalla, la extingue.

Sin embargo, era frente a los paisajes donde yo oía la frase con más fuerza, y esas imágenes siguieron humeando en mi cabeza años y años, hasta que llegó el momento del que quiero hablarte, Jeffers, cuando el fuego prendió de nuevo y me rodeó. ¡La religiosidad de los paisajes de L! Si la existencia humana fuera una religión, claro. Cuando L pinta un paisaje está recordando el momento en que lo miró. Es la mejor descripción que puedo hacer de sus paisajes, o de cómo los veía y qué me hacían sentir. Seguro que tú lo harías mucho mejor. Pero lo que quiero es que entiendas cómo la idea de L y sus paisajes volvió a mí muchos años después y en otro sitio, cuando yo ya vivía en la marisma con Tony y pensaba de un modo muy distinto. Ahora comprendo que me enamoré de la marisma de Tony porque tenía exactamente la misma cualidad, la cualidad de algo recordado, que comparte el momento de la existencia y es inseparable de él. Nunca llegué a atraparlo, y no sé por qué necesitaba atraparlo en absoluto, pero es un ejemplo de determi-

nismo humano tan válido como cualquiera al que podamos recurrir por ahora.

Te estarás preguntando, Jeffers, cuál era la frase que salía de los cuadros de L y me hablaba con tanta claridad. Era: *Estoy aquí*. No voy a decir lo que creo que significan esas palabras ni a quién se refieren, porque eso equivaldría a intentar privarlas de vida.